

Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.
Madrid y provincias, 16 rs. id.
Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

Con objeto de socorrer á la familia del infortunado Joaquin Gil (a) *el Huevatero*, y á Manuel Perez (a) *el Relojero*, herido de tanta gravedad como el público sabe, la redaccion de *El Duende* ha hecho tirada aparte en buen papel de los retratos que van en este número, los que se venden en los puntos de suscripcion á este periódico y al precio de 2 reales vellon, destinando su producto total al objeto con que encabezamos estas líneas. Ojala corresponda el público á nuestras esperanzas y podamos contribuir al socorro de dos familias, sumidas hoy en el mayor desconsuelo.

¡Tambien ellas!

Era media noche, y *Martinico* caminaba al azar por las calles de esta S. H. en busca de aventuras que dignas de contar fuesen á sus amables lectores, cuando al llegar frente á la Audiencia detuvieron mi paso lastimeros ayes, que cerca de mí salian, y al sonoro ruido del agua de la fuente se acordaban. Detuve mi marcha, apliqué el oido, abrí los ojos, recogí el aliento y dediqué toda mi atencion á descubrir el punto de donde los sollozos salian.

No tardé en hallarlo. Era la ninfa de la fuente que, abandonando el cantarillo á sus pies, aplicaba ambos puños á sus ojos, queriendo enjugar las lágrimas que de ellos brotaban y caian hilo á hilo sobre el pilon, cuyo caudal aumentaban. Moviome á piedad su llanto, y aproximándome á ella:

— ¿Qué teneis, mi buena ninfa, la dije, que tan desconsolada os mostrais?

Separó las manos de sus ojos; y como si se avergonzase de verse en tal estado sorprendida, recogió pre-

cipitadamente su cantarillo y me contestó de esta manera.

— ¿Qué he de tener sino tristeza y desesperacion? Bien sabeis, buen caballero, que tranquila me hallaba en lejanas tierras, cuando encargada por este señor alcalde, me trageron á España, sin consultar con mi voluntad, me destinaron á esta ciudad, y me plantaron en este sitio para servir de adorno y de comodidad al vecindario. Bien sabreis los insultos, los atropellos de que he sido víctima; ora recibiendo sobre mi limpio cuerpo la descarga de inmundo lodo; ora dejando gatitos muertos y otras porquerias bajo mis pies; ora sufriendo denuestos de hipócritas anónimos; ora... Pero ¿qué repetir lo que vos y tantos otros sabeis? Todo lo llevaba con resignacion, porque el daño partia de los hombres, nuestros perseguidores y eternos tiranos; pero lo que no puedo ver con indiferencia, lo que me afecta y desespera, es que *tambien ellas* se pronuncien contra mí y me anatematicen y quieran encerrarme en un sótano, sino echarme en un alto horno para fundirme, bajo la forma de una turbina, de una rueda ó de una máquina de chocolate.

— A ver, á ver... ¿Es la proposición hecha en cierta sociedad de señoras por una tal doña Pascasia ó cosa por el estilo, de lo que me hablais?

— Precisamente. ¿Ya lo sabiais, caballero?

— Yo lo sé todo. Doña Pascasia pidió que se pidiese á la autoridad lo mismo que pedia el anónimo de *El Diario* y que, como es muy racional y justo, no puede en manera alguna concederse.

— ¿Pidió mi jubilacion?

— Justamente: porque estais, bella ninfa, medio desnuda.

— ¿Y sabreis decirme si esa señora ú otra alguna pidió á su tiempo ó ha pedido despues la jubilacion del

buen Neptuno, quien mas desnudo que yo, en paraje mas público se eleva?

—Casi, casi aseguraria que no se ha pensado en tal cosa.

—¿Y por qué no se ha pensado en ello?

—Porque Neptuno es un dios mitológico, y vos sois una ninfa desvalida.

—Y sabeis si esa señora ha *pedido* que se *pidiese* á la autoridad la desaparicion de tanta ninfa, en carne y hueso, como cerca de aquí ha estado escandalizando...

—Lo ignoro.

—Y sabeis si ha clamado contra los escándalos diarios, promovidos por paisanos y soldados en la calle del Olmo, á causa de otras ninfas no tan inofensivas como yo?

—Tambien lo ignoro.

—Y contra las que por calles, plazas y paseos...

—Solo sé, porque así se dice, que la dignísima señora presidenta de la sociedad en que la antedicha propuso lo mencionado, se opuso, con su talento é ilustracion, á que se tomase en consideracion tal salida de pavana, como agena á los filantrópicos obgetos que son incumbencia de aquella sociedad.

Llega en este momento un sereno.

El sereno.—¿Qué hace usted aquí?

Yo.—Conversar con esta bella ninfa.

El sereno.—Creí que era usted alguno de sus encubiertos enemigos.

Yo.—Muy al contrario; soy su amigo y protector.

El sereno.—Me alegro mucho: yo tambien la protejo, y aquí hade estar tesa que tesa, aunque se empeñen en lo contrario los... y las... y... aquí me quedo hasta el amanecer.

Yo.—Entonces me retiro, que bien guardada queda. Buenas noches.

Al alejarme de allí oí al sereno que cantaba con clara voz:

¡Qué tiempos alcanzamos...

válgame Cristo.

Farsas como estas farsas

jamás he visto.

Y es que hoy en día,

segun parece, es moda

la hipocresía.

Paseando no hace mucho por las tapias oí, sin querer, el siguiente diálogo entre dos caballeros que delante de mí y á mi paso iban.

—No lo dude usted, mi querido don Abdon; usted es uno de los elegidos, sino de los llamados, para la candidatura.

—Dudo mucho que de mí se acuerden; y si tal sucediese...

—Aceptaria usted el cargo, bien lo creo, y cumpliria usted con su deber.

—¿Qué es eso de aceptar? Ni por pienso: yo no quiero quebraderos de cabeza, don Senen.

—¿Es posible! Usted, que tiene una envidiable fortuna, ilustracion, independencia, todo el tiempo necesario para dedicarlo al procomun...

—Prefiero dedicarlo al mio. *El que hace por el comun no hace por nengun.*

—Ese refran no es cierto. Nuestro digno alcalde ha hecho mucho en bien de la ciudad, y Zaragoza reconocida así lo consigna y conservará de su administracion gratísimos recuerdos.

—Pues yo no seré concejal. El que quiera nabos...

—Usted lo será.

—¿Qué? ¿Nabo?

—No, hombre; concejal.

—Antes emigraré: antes trasladaré mi vecindad al Hacho... de Ceuta.

—Muy bien hecho. Si así obrasen los demás ¿á qué manos iria á parar la administracion de los públicos intereses? Y usted se dirá buen patricio, amante del pueblo en qué vive, cuando no quiere dedicarle algunas horas del tiempo que le sobra... y luego criticará usted los actos del comerciante, del industrial, del labrador, del artesano que sacrifican en aras de su pueblo querido el tiempo que necesitan para ocuparse en sus negocios, en su trabajo, con los que ganan la subsistencia de sus familias. Estos, aunque sea á su despecho, aceptarán los cargos con que el pueblo, por medio de sus electores, les honra; y alcanzarán, en premio de su abnegacion, la gratitud de sus comitentes: al paso que á usted...

—Señor don Senen, es usted un insolente.

—Señor don Abdon, soy un hombre franco, y si usted se enoja le diré—

No me quieren mis comadres
porque digo las verdades.

Don Abdon y don Senen se marcharon cada uno por su lado; y *Martinico* se sentó, escribió el diálogo anterior, tal cual lo habia oído, en su cartera: y ahora os le dá, carísimos lectores, sin añadir ni quitar una sola palabra.

Cuatro apuntes biográficos acerca del malogrado Joaquin Gil (a) EL HUEVATERO.

Nació en esta ciudad el 8 de Febrero de 1824. Cuando tuvo la suficiente edad, ayudó á su padre en el oficio de trajinero, vulgarmente en Aragon *fardero*; y por ser portador de canastos de huevos, principiaron á llamarle *el Huevoatero*. De muy niño manifestó su afición decidida al toreo, la que no pudieron vencer los repetidos castigos del padre de Joaquin, quien queria apartarle de tan peligroso oficio, como si presintiera el desgraciado fin que, andando el tiempo, habia de tener su infortunado hijo.

Murió el padre en Marzo de 1846, y Joaquin dió rienda suelta á su afición, saliendo al redondel en las novilladas y dándose á conocer por su arrojo é inteligencia.

En los dias 8 y 9 de Setiembre de 1847, se presentó

ya para capear en las corridas que se dieron en Barbastro, siendo espadas Antonio Sanchez (a) No-te-veas y nuestro Manuel Perez *el Relojero*, hoy herido de gravedad.

En 1849 se presentó Gil á matar por primera vez en una novillada y lo hizo con valor, gracia y fortuna. Un año despues, hallándose Gil como espectador en el tendido con varios amigos, á sazón que Curro (*Cúchares*) iba á matar un toro en esta plaza, el público principió á pedir é insistió en que se cediese la suerte á aquel. El mismo Curro lo pidió á la presidencia y, concedido por ésta el permiso, saltó Joaquín, vestido de paisano, al redondel, teniendo la fortuna de despachar al bicho como lo hiciera uno de los mas consumados maestros.

Posteriormente ha matado en Francia en las plazas de Nimes, Arles, Avignon, Bayona y otras varias; siendo conocido en España en las de Barcelona, Mallorca, Pamplona, San Sebastian, Logroño, Tolosa, Haro, Vitoria, Tarazona, Tudela y tantas otras en las que recibió muchos aplausos y era mirado con particular aprecio.

Los espadas Cúchares, el Tato y otros, le dispensaban su amistad y aprecio, y aun le habian instado para que les siguiese; pero estaba decretado que concluyese su carrera con su vida en su ciudad y en la misma plaza donde dió los primeros pasos de su terrible oficio.

Por los diarios de la capital habrán sabido ya aquellos de nuestros lectores que no hayan asistido á la corrida de los ocho toros, que debieron lidiarse el domingo anterior, la funesta desgracia de que fueron victimas, Joaquín Gil, (*el Huevatero*) ya difunto, y Manuel Perez, (*el Relojero*) á consecuencia, el primero, de la cornada que le dió el toro portugués cerca del ano, rompiéndole el intestino recto; y el segundo, por la profunda herida que le causó el estoque despedido por el tercer bicho, portugués tambien, segándole la pantorrilla derecha y cortándole las arterias y los vasos.

Estraño parecerá á primera vista, que espongamus al público los retratos de estos infortunados con la lámina que representa la cogida del Huevatero, por cuyo medio parece que se trata de perpetuar la memoria de tan horrorosa catástrofe, alentando á los aficionados á proseguir en su terrible oficio: pero la estrañeza desaparecerá cuando sepan que, muy lejos de nosotros aquella idea, no hemos tenido otra que la de ver si, con el producto de estos dibujos, que en tirada suelta reproducimos, podemos enjugar en algun tanto las amargas lágrimas de sus atribuladas familias.

Conocidas pues, nuestras santas intenciones, confiamos en que el pueblo aragonés no será sordo á invitacion tan filantrópica, patentes como son sus virtudes y generosos sentimientos; tanto mas cuando se trata de socorrer á la pobre viuda é hijos de nuestro

desgraciado paisano, cuya desgraciada muerte les deja sumidos en la orfandad y en la indigencia.

No dudamos ni un momento que nuestros apreciables colegas *El Saldubense* y *El Diario*, acogerán favorablemente nuestro pensamiento, y haciéndolo suyo, invitarán á sus suscritores para que contribuyan con lo que puedan á conseguir el humanitario fin que nos proponemos.

TEATRO.

La abundancia de materiales del presente número, y el lugar ocupado por los grabados, nos obligan á ser breves por extremo. Las novedades de la semana han sido *El hijo natural*, drama de Dumas hijo, arreglado á la escena española, y la ópera nueva, en cuatro actos, *Un ballo in máscara; spartitto* del incansable y fecundo maestro Verdi.

En el drama *El hijo natural*, sobresalieron las señoras Calmarino y Martín, y los señores Guerra, y Parreño; los demás les ayudaron muy regularmente.

La señora Duclós estuvo acertada en la ejecucion, á pesar de sus suspiros mayúsculos y su acentito *habanero*, segun oimos decir á algun asistente.

Los señores Garcia (don Juan) y Aguirre, en especial el primero, procuraron cooperar al buen éxito de la obra. Esta, escrita con sobrado talento, rica de detalles y filosóficos trozos, agradó al público.

El martes se estrenó *Il ballo*, preciosa partitura que prueba una vez mas la inspiracion del autor de *Il Trovatore* y *Traviatta*: abunda en trozos divinos y en situaciones interesantes. El público la oyó con entusiasmo y llamó á la escena á los artistas al finalizar el acto tercero, que fué admirablemente cantado. En honor de la verdad, podemos decir que no se puede apreciar quien de aquellos estuvo á mayor altura; todos cantaron como nunca y con una maestría admirable. Las señoras Edelvira y Marini, arrancaron nutridos aplausos; en especial la segunda, que representó y cantó con elegancia y soltura su papel del *paje*. Los señores Piccinini, Morelli, Garcia, y demás, muy bien. En suma, *Un ballo in máscara* dará muy buenas entradas á la empresa, supuesto que la música es deliciosa, la aficion en el público cada vez mas creciente y los artistas amigos de cumplir con su deber.

POSDATA. El drama *Vanidad y pobreza*, de quien nos hemos olvidado al hacer la anterior reseña, es una seguida de lástimas que no agradan el público en general. Su desenlace se adivina desde la primera escena; y, si bien tiene bonitos versos y escenas fáciles, no por eso deja de ser su argumento poco interesante. La ejecucion fué regular; y los espectadores del cuarto piso gozaron. Al rincón con la obra y aguardemos otra mejor.

de las corrientes en las corrientes que se descomponen en las
 de las corrientes en las corrientes que se descomponen en las
 de las corrientes en las corrientes que se descomponen en las

ya para ocupar en las corrientes que se descomponen en las
 de las corrientes en las corrientes que se descomponen en las

En 1819 se presentó Gil a teatro por primera vez en
 una obra titulada y lo hizo con color, gracia y fortuna.
 Un año después hallándose Gil como espectador en
 el teatro con varios amigos, a saber: don Curro (de
 nombre) iba a teatro un día en esta plaza, el publi-
 co principal y bello, y mirando en que se estaba la
 obra, el mismo Curro le dijo a los amigos:
 que y concurrido por esta el primer teatro de la plaza
 de la plaza, el teatro, el teatro, el teatro, el teatro,
 de descomponer al teatro como lo hicieron los
 de los teatros de la plaza.

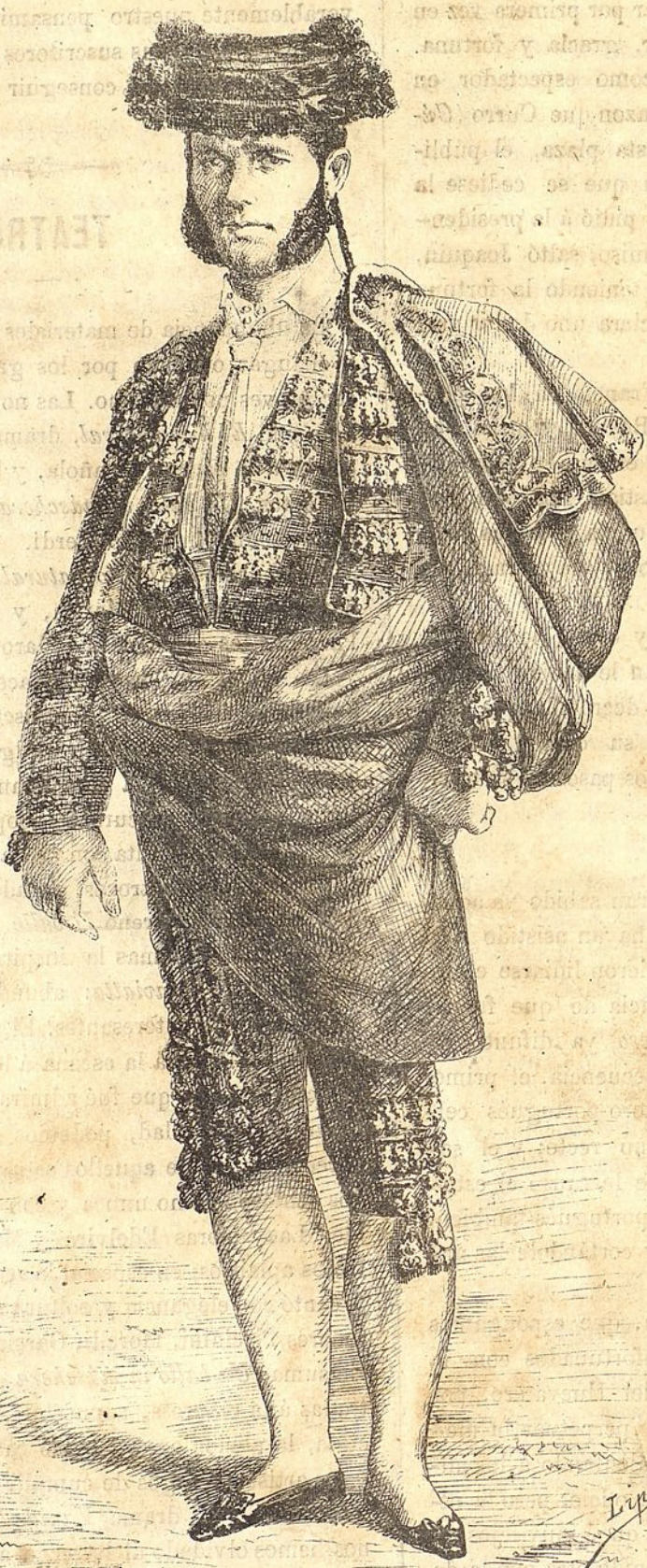
En 1819 se presentó Gil a teatro por primera vez en
 una obra titulada y lo hizo con color, gracia y fortuna.
 Un año después hallándose Gil como espectador en
 el teatro con varios amigos, a saber: don Curro (de
 nombre) iba a teatro un día en esta plaza, el publi-
 co principal y bello, y mirando en que se estaba la
 obra, el mismo Curro le dijo a los amigos:
 que y concurrido por esta el primer teatro de la plaza
 de la plaza, el teatro, el teatro, el teatro, el teatro,
 de descomponer al teatro como lo hicieron los
 de los teatros de la plaza.

En 1819 se presentó Gil a teatro por primera vez en
 una obra titulada y lo hizo con color, gracia y fortuna.
 Un año después hallándose Gil como espectador en
 el teatro con varios amigos, a saber: don Curro (de
 nombre) iba a teatro un día en esta plaza, el publi-
 co principal y bello, y mirando en que se estaba la
 obra, el mismo Curro le dijo a los amigos:
 que y concurrido por esta el primer teatro de la plaza
 de la plaza, el teatro, el teatro, el teatro, el teatro,
 de descomponer al teatro como lo hicieron los
 de los teatros de la plaza.

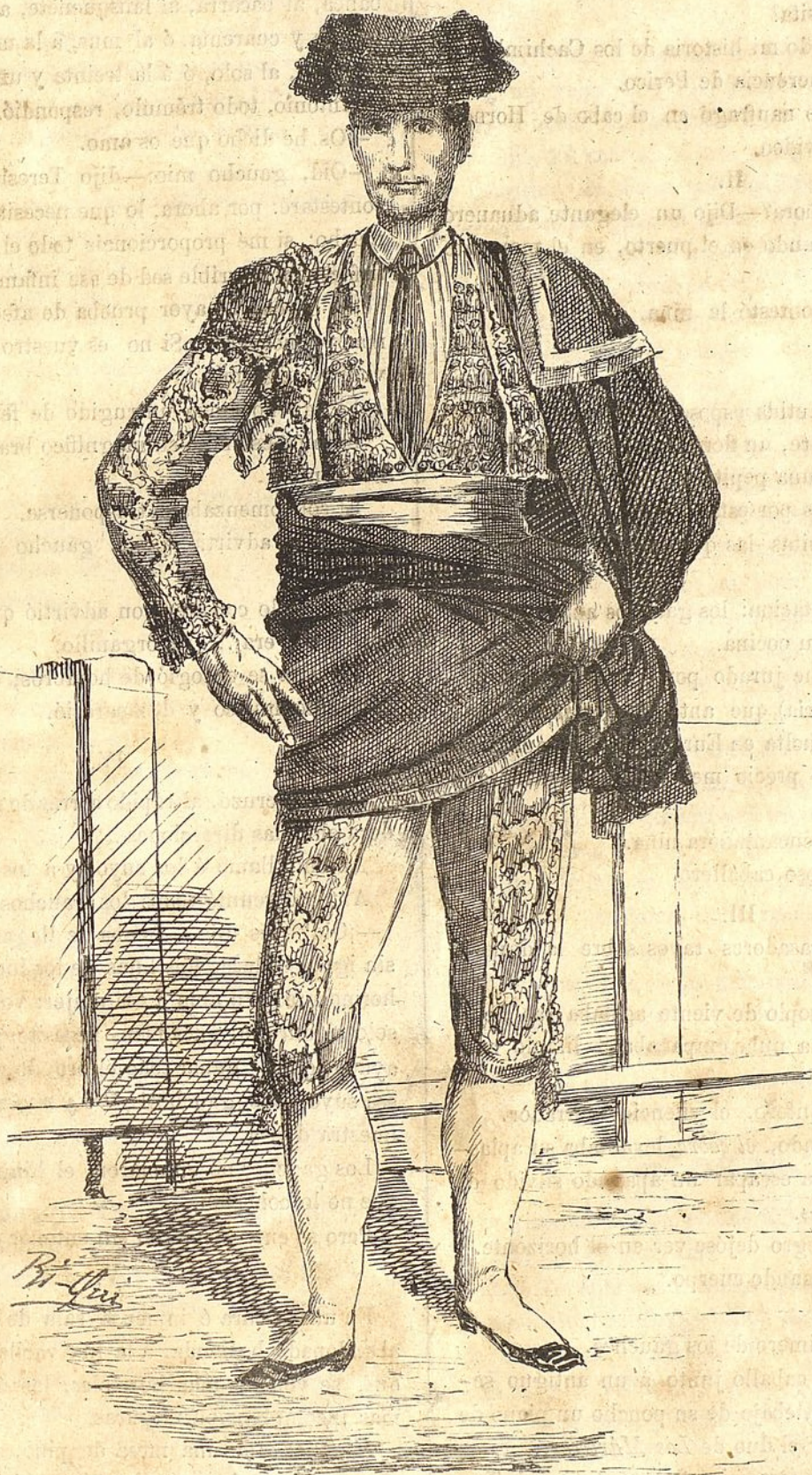
En 1819 se presentó Gil a teatro por primera vez en
 una obra titulada y lo hizo con color, gracia y fortuna.
 Un año después hallándose Gil como espectador en
 el teatro con varios amigos, a saber: don Curro (de
 nombre) iba a teatro un día en esta plaza, el publi-
 co principal y bello, y mirando en que se estaba la
 obra, el mismo Curro le dijo a los amigos:
 que y concurrido por esta el primer teatro de la plaza
 de la plaza, el teatro, el teatro, el teatro, el teatro,
 de descomponer al teatro como lo hicieron los
 de los teatros de la plaza.

TEATRO

de las corrientes en las corrientes que se descomponen en las
 de las corrientes en las corrientes que se descomponen en las
 de las corrientes en las corrientes que se descomponen en las



JOAQUIN GIL (a) el Huevoatero.



MANUEL PEREZ (a) el Relojero.

Los Gauchos.

I.

Teresita era una niña muy corriente.

Teresita queria embarcarse y se embarcó.

¿Dónde iba Teresita?

Teresita habia leído mi historia de los Cachimbos, y queria recoger la herencia de Perico.

Pero Teresita no naufragó en el cabo de Hornos, naufragó en Montevideo.

II.

—¿Quién sois, señora?—Dijo un elegante aduanero que se hallaba fumando en el puerto, en el momento del naufragio.

—Soy Teresita.—contestó la niña.

—Se os esperaba.

—¿A mí?

—¿No sois la prometida esposa de Macias?

—Cierto: y mi padre, un fiero Neron, me trae á estas tierras en busca de una pepita.

—No faltan Josefás por estas tierras.

—No son esas pepitas las que necesito; busco pepitas de oro.

—Venís en mala estacion: los gauchos andan revueltos y nadie sale de su cocina.

—Lo siento; pero he jurado por la salud de mi madre (que está en gloria) que antes de dos años y medio dia estaria de vuelta en Europa con un caudal fabuloso; solo á este precio me es dable aspirar á la mano de Macias.

—Dios os proteja, encantadora niña.

—Adios, mi hermoso caballero.

III.

El sol lanzaba abrasadores rayos sobre la desierta pradera.

Ni el mas ligero soplo de viento agitaba las hojas de los árboles, ni una nube empataba el limpio azul del cielo.

El calor era espantoso, el silencio aterrador.

De cuando en cuando, *el cobra*, levantaba su aplastada cabeza y dejaba escapar un apagado silbido de entre sus fauces secas.

Súbito un punto negro dejóse ver en el horizonte.

Poco á poco fué tomando cuerpo.

Era un ginete.

Era Antonio, el primero de los gauchos.

Antonio detuvo su caballo junto á un antiguo sepulcro indio: sacó de debajo de su poncho un piano de cola y se puso á tocar el duo de *Los Mártires*.

Rasgóse el paredón (era pintado), y apareció Teresita.

—«¡Salud á tí, cifra y compendio de la perfeccion humana!

Fresca, lozana y encantadora jóven: la naturaleza toda te saluda.

Esbelta cual la palmera, blanca como la nieve de los Andes, rubia como el oro de los *plúceres* de la Australia, fragante y bella como la rosa del Ganges.

Salud á tí, hermosa criatura, yo te amo.»

Esto dijo Antonio y cayó de rodillas.

—Gracioso caballero—contestó la niña.—¿quereis jugar un guiñote, un tute, un tresillo, un ecarté, ó á la banca, al bacarrá, al lansquenete, al siete y medio, al treinta y cuarenta, ó al mus, á la malilla, al piqué, al revesino, al solo, ó á la treinta y una?

Antonio, todo trémulo, respondió.

—Os he dicho que os amo.

—Oid, gaucho mio:—dijo Teresita—mas tarde os contestaré: por ahora, lo que necesito es jugar, jugar mucho; si me proporcionais todo el oro que pueda satisfacer mi horrible sed de ese infame metal, entonces he de daros la mayor prueba de afecto que esté en mi mano concederos. Si no es vuestro mi corazon, será vuestro algo mio.

El gaucho lanzó un rugido de feroz deseo.

La niña estendió su magnífico brazo, y le mostró el horizonte.

El sol comenzaba á trasponerse.

Teresita advirtió que el gaucho habia olvidado el piano.

Mirándolo con atencion advirtió que el piano no era un piano, era..... un organillo.

Teresita se encogió de hombros; cargó con el instrumento músico y desapareció.

IV.

Antonio cruzó, al rápido correr de su caballo, la pradera en todas direcciones.

Antonio llamó á los suyos y á los de los suyos.

Antonio reunió todos los gauchos.

—Oid!—les dijo.—Acaba de llegar una europea de sin igual belleza. Las hijas de los Incas envidiarán su hermosura. Yo amo á esa mujer: vosotros la amareis solo al mirarla; pues bien, necesito que vengais en mi ayuda; quiere ganar todo el oro de la América; que sea suyo. ¡Sus, gauchos! ¡Oro y mujer! sea de hoy mas nuestra divisa.

Los gauchos no entonaron el himno de Riego por que no lo conocian....

Pero se entusiasmaron sin entonar el himno.

V.

En una oscura é inmensa sala de madera, de una abandonada hacienda, á la luz vacilante de un quinqué, se ven las mas horribles, las mas estrañas, las mas incomprensibles figuras.

Al rededor de una mesa de pino, que no puede soportar el peso de tanto oro como la cubre, se agitan centenares de gauchos, cuyo solo aspecto impondria al mas osado. Y... sin embargo: siempre bella, graciosa y sonriente Teresita, ocupa el centro de la mesa.

Teresita está tallando.

La mugrienta baraja que oprimen sus manos no puede ensuciar tan lindos, diminutos y sonrosados dedos.

Los gauchos no ven el juego; solo tienen miradas para Teresita.

Estraño fenómeno: aquellos salvajes, al desearla todos, ni uno se atreve á tocarla: y es, que su mejor defensa está en los celos que á todos agitan.

—La última talla:—dice la niña.—Acabad de arruinarnos, amigos, porque es tarde y deseo que esto concluya. Advertid que á aquel que muestre mas galantería en perder, se lo tendré mas en cuenta. Cortad, Antonio.

Antonio toca apenas la baraja con su trémula mano. Teresita distribuyó las cartas.

Los gauchos pusieron sobre la mesa hasta sus cuchillos. Teresita echó cartas y ganó cuanto habia apuntado.

—Señores—dijo levantándose:—os doy gracias: mañana sabreis mi eleccion; entretanto sabed esperar.

Tomó todo el dinero, ayudada de Antonio, y marchó á su casa.

—Gauchó mio,—le dijo; os doy gracias, pues que os lo debo todo.—Dentro de pocas horas recibireis el premio; ahora dejadme descansar.

Y le cerró la puerta.

VI.

Un barco salia para Europa.

Teresita se embarcaba con su tesoro, á tiempo que Antonio recibia una carta suya.

Antonio, todo trémulo, abrió la carta.

Decía así:

«Gracias, mil gracias: os debo mi felicidad y nunca lo olvidaré.

«Sois el hombre que hubiera amado, si antes no hubiera conocido á Macías.

«Mi corazon es suyo: vuestra toda mi gratitud. Como un recuerdo, aceptad esta cinta con que sujetaba mi cabello.

«Creed que siento separarme de vos; pero me esperan en Europa.

«Adios, hermano mio: consolaos y sed feliz.

Teresa.

Antonio lanzó un grito desgarrador y púsose á correr, frenético, como un loco.

Dirigióse al puerto: cuando llegó ya era tarde.

Lejos, muy lejos, se dibujaba un punto blanco sobre el azul del Occéano.

Era el buque que se llevaba todas sus esperanzas.

Antonio lloró y besó la cinta de los cabellos de Teresita.

Súbito una idea cruzó su mente.

Hizo un lazo con la cinta, lo sujetó á un reverbero y se ahorcó.

La cinta no pudo resistir tanto peso; rompióse, y Antonio cayó sobre unas sacas de algodón que conducian al muelle.

¡Infeliz! Era un suicida sin suerte!

VII.

Teresita, radiante de gozo, desembarcó en X.....

Sin perder un momento escribió al padre de Macías, anunciándole su llegada y la de sus millones.

El padre dió un respingo, calóse las gafas y cogiendo á su hijo bajo del brazo, fuese á casa de Teresita.

Entró atropelladamente en el cuarto de la viajera y le dijo.

—Aquí teneis á Macías: veamos los patacones.

Era un viejo que iba siempre derecho al negocio. Teresita abrió un inmenso baul, y mostró á los atónitos ojos del anciano la mas abundante y sorprendente coleccion de onzas que imaginarse puede.

El padre de Macías lanzó un espantoso grito de alegría y se precipitó sobre el baul, hundiendo sus manos en aquel mar de oro.

Dé pronto una arruga cruzó su frente; tomó una onza y la acercó á la luz para examinarla con detencion.

Teresita y Macías le observaban con ansiedad.

—No hay nada de lo dicho—gritó el viejo.—Sois una embaucadora; vuestro tesoro es falso.

—¡Como falso!—contestó aterrada Teresita.

—Falso: lo repito. Son monedas de cobre doradas al galvanismo. Con todo ese metal bien se podrá hacer una campana; pero no penseis que sea yo quien dé la campanada de casaros con mi hijo.

Y cogiendo á Macías otra vez bajo del brazo, se lo llevó.

—Esperad, caballero: exclamó Teresa, pálida como un cadáver.—¿Teneis una caja de fósforos?

—Creo que sí:—contestó el viejo.

—No me negueis ese favor; dádmela.

Teresa recibió la caja con mano temblorosa, y antes de que pudieran impedirselo, se tragó todo el contenido de la caja.

Teresa cayó al suelo moribunda.

—¡Padre mio!—gritó el jóven,—la habeis muerto.

El viejo lanzó una carcajada.

—Mira, le dijo á su hijo, mostrándole la caja.

—¡Son Amorfos!!!!!!

EPÍLOGO.

Teresita no murió: podeis figurároslo.

¿Qué fué de Teresita?

¡Ay! Teresita solo pudo utilizar el organillo del gauchó. Con él (el organillo) recorre todas las capitales de España, tocando la Atala y la cachucha.

¡Infeliz Teresita!

Macías se casó, y concluyó por soportar á su mujer.

¡Infeliz Teresita!

Lector: si alguna vez encuentras por esas calles á una pobre muchacha, que con melancólica mirada te tiende la mano izquierda, mientras que con la diestra da vueltas á la manivela de un organillo, acuérdate de Teresita, y acude á su miseria, aunque solo sea con una pieza de dos cuartos.

Editor responsable: MANUEL ALLUÉ
Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustin Peiro.—1862

Cojida de Joaquín Gil.

